

POEMAS Y RELATOS



**Cayetano Salvatierra Pinelo
(1949-1994)**

<http://www.salvatierra.biz>

Nota: Todos los trabajos de este Portal de Psicoanálisis y Literatura, incluidos sus eBooks, se ofrecen con carácter gratuito.

**OBRA PUBLICADA CON EL
PATROCINIO DE LA**



**© Cayetano Salvatierra Pinelo
I.S.B.N. 84-89769-93-1**

**eBook editado por
Antonio Salvatierra
antonio@salvatierra.biz**

**Ilustraciones basadas en cuadros de
Vincent Van Gogh,
uno de los pintores favoritos del poeta.**

Reservados todos los derechos.

**Pero se permite la reproducción de poemas o relatos aislados
siempre que se citen el Autor y su Web,
donde se encuentra cuanto se pudo salvar de su Obra.**

ÍNDICE

PRÓLOGOS.....	IV
DOS PALABRAS	V
PROEMIO.....	VII
POEMAS.....	10
EL BRILLO DEL PASADO	12
SONETOS	15
EL AMOR INCREÍBLE	22
HOMENAJE A BÉCQUER	26
EL MIEDO	27
POEMAS SIN TÍTULOS	28
A TI, SIEMPRE	35
LA VENUS DEL SIGLO.....	36
CANCIÓN	37
FÁBULA I.....	38
CANCIÓN II	39
CANCIÓN III	40
FÁBULA II.....	41
ROMANCE I.....	42
FÁBULA III.....	43
ROMANCE II.....	44
POEMA DEFINITIVO	45
CANCIÓN DE LUCHA CAMPESINA.....	46
CANCIÓN DEL 76.....	47
COPLILLA PARA EL REFERENDUM.....	48
CANCIÓN DE LA MERIENDA.....	49
MÉDICO.....	50
ODA A LA TORMENTA.....	51
POEMAS DE LA INOCENCIA	54
TRES POEMAS EXPERIMENTALES	78
RELATOS	82
EL CUENTISTA	83
MUJER EN OFF	91
EL BAILE.....	95

PRÓLOGOS



Dos palabras **por Manuel Barrios**

Decía Ezra Pound, en 1913, que es casi imposible escribir con precisión científica sobre el verso, a menos que se componga un tratado completo sobre el arte de escribir definiendo cada palabra como definiríamos los términos en un ensayo de química. En este sentido, todos los ensayos sobre poesía son no sólo aburridos, sino inexactos y con frecuencia inútiles. Por su parte, R. Whateley, refiriéndose, un siglo antes, a definiciones retóricas, había planteado este problema general aseverando que diferentes escritores han dado definiciones diversas, pero que no parecen haber disentido en la naturaleza del asunto; más bien han tenido diferentes puntos de vista mientras empleaban el mismo término, todo ello encaminado a definir como poesía auténtica aquella que, con independencia de postulados condicionantes, nos habla al corazón; es decir, atesora en sí misma tales caudales de sinceridad, belleza y emoción estética, que hace innecesario el conflicto de las definiciones académicas. Así, una poesía es tal en cuanto es capaz de elevarse a las regiones del espíritu respondiendo a una llamada ineludible que sobrepasa los límites del recurso literario.

Conformes con ello, hemos de reconocer la calidad excepcional de un autor, Cayetano Salvatierra Pinelo, que al ofrecernos unos ejemplos inefables de poesía cálida e intimista, había dejado de ser una venturosa promesa para convertirse en realidad, cuando el zarpazo cruel e inexorable de la muerte, en plena juventud, nos arrebató a quien estaba llamado a ser uno de los más grandes poetas sevillanos de nuestro tiempo. Hemos de reconocerlo, por ejemplo, en un “Homenaje a Bécquer” que, recogiendo en sus versos las más exquisitas reminiscencias del Poeta del Amor y del Dolor, supo imprimirles los rasgos de una insobornable personalidad:

“Estamos inclinados, detenidos,
cercados otra vez por tu recuerdo,
tu densa calentura destrenzada,
desgajada en el viento.”

De pronto, el arrebató en la contemplación se remansa en la melancolía irredenta que conduce a una infinita soledad:

“La noche se hace río y se resuelve,
revelada y desnuda, en tu tristeza.
El aire fue nevada persiguiendo
tu voz sin madriguera.”

Los que llegaron a conocer a Cayetano Salvatierra Pinelo de cerca dicen que era, como en la definición machadiana, “en el buen sentido de la palabra, bueno”, generoso, entusiasta, apasionado de los libros y de la vida. Con este precioso bagaje era casi inevitable que sintiera la atracción imperiosa del poema, para desbordar a través de él los alientos de su inquieta juventud. Por eso, apenas iniciado el camino, todos adivinaron en él la presencia del poeta que, aún con el aguijón de la muerte clavado en sus entrañas, quería dejarnos su huella para siempre.

Tras aquel día fatal y terrible, quedan el vacío y la ternura de una madre arrasada de dolor que, con los versos de su hijo en el regazo -como cuando él era pequeño- ha querido rescatar del olvido las bellas muestras de una poesía nueva, transparente, fresca y vigorosa, que sin duda inscribirá el nombre de Cayetano Salvatierra Pinelo en los mejores trémos de la literatura universal.

Proemio

por José M^a de Mena

¿De cuál te enamoraste, Cayetano?. Había en la clase un ramillete de muchachas en flor y, por la ventana del Conservatorio, entraba la brisa de la primavera. ¿De cuál te enamoraste, Cayetano?. Nunca pude saberlo porque eras, por muy hombre, naturalmente tímido y reservado.

En realidad, más que alumno, fuiste discípulo mío. No el programa de la asignatura sino el programa de la vida, lo aprendías a borbotones, con prisa. Ay tu prisa de aprender, tu prisa de vivir,... ¡Ay tu prisa de morir!

Cuando salíamos de clase, venías a mi lado paseando por esas calles de nombres viejos: la calle del Hombre de Piedra, la calle de la Feria, la calle Relator,... ¿Y qué significa eso de relator?.

Mira Cayetano, en el antiguo lenguaje procesal, el Relator era un magistrado de la Real Audiencia. Relatores en los procesos de barcos de la Flota de Indias hundidos por el tifón o por los bucaneros del Caribe. Relatores en los procesos contra falsificadores de moneda, contra salteadores de Sierra Morena, contra fulleros y tahúres en las casas de juego con naipes amañados. Relator en el sumario contra Miguel de Cervantes que, por dos veces, estuvo aquí en la Cárcel Real, donde soñó y pergeñó su inmortal Quijote.

Y la poesía: ah, la poesía, el divino licor que nos embriaga el espíritu. Cayetano, Cayetano, bebe más despacio tu ración de poesía.

Pero, ¿quién es capaz de poner freno a un alma de dieciocho años?. Más que discípulo, fue Cayetano mi escudero, imaginando armarse caballero un día. Caballero del ideal. Mi mujer, asumiéndolo como un nieto, me dice: Nuestro Cayetano está enamorado de una compañera de clase y le escribe versos.

Buenos versos los tuyos, Cayetano, pero cuando son de amor me dejan una curiosidad: ¿De cuál te enamoraste?.

“Se disparó mi verso nervio a nervio
manchándome de fe sobre un sendero.
Habló de amor. Habló de ti, y en ti
juró su origen. Yo me incliné, y creí.”

- Cayetano, Cayetano. ¿Quién es tu Ella, en ese verso que dice “habló de amor, habló de ti”?.

Cayetano guarda silencio. Seguimos andando calle Feria adelante y salimos a la Resolana. ¿Sabes, Cayetano, que quieren derribar la Venta de los Gatos y que mi amigo el escultor Antonio Illanes la va a comprar para salvarla, y ha puesto allí al lado un busto de Bécquer?.

Y como es temprano, apenas anocheciendo, seguimos hasta allí. Hasta la venta, medio en ruinas, empequeñecida por unos bloques altos de viviendas de la barriada Las Golondrinas.

Cayetano se acerca al busto de Bécquer y lo besa reverentemente como a una imagen religiosa. Por detrás de la barriada, discurre el Guadalquivir; su corriente mansa, verde, va convirtiéndose en terciopelo negro en la prima noche. Y Cayetano recita su poema a Bécquer:

“Nosotros deshojamos el silencio
mirándote mirar tan alto y solo
en ese -corazón de la distancia-
libro de versos rotos.”

- ¡Quién fuera Bécquer!. ¿Verdad, Cayetano?.

Cayetano mira el río que se lleva en su corriente las rimas del Ángel del Romanticismo. Contiene la respiración y se le llenan los ojos de lágrimas.

Regresamos en silencio. Al fin, le invito a una copa en una tabernita de la esquina de mi calle Parras con la de Relator. Desde la acera de enfrente llega un olor a pan tierno y a fuego de encina: el horno de Las Almenillas. Y un suave ruido de gente que camina saliendo de la capilla de la Iglesia Reformada Evangélica de San Basilio.

Vamos, Cayetano, es la hora de irte para tu casa en el Pasaje Mallol. Su padre era un hombre alto, delgado, de finos ademanes. La madre una señora de bondadoso gesto. Algunas veces, cuando había conciertos o recitales, venían al Conservatorio.

Cayetano recitaba muy bien, e interpretaba el teatro con gran apasionamiento. Pero lo suyo, más que la interpretación, era la creación. Poeta a raudales. Y soñador de calles, rincones, balcones con macetas. Torres y espadañas por San Julián, por la Macarena, por Omnium Sanctorum. Sevilla para deambular pensando... y amando.

- ¿Amo a quién, Cayetano?. ¿De cuál de ellas te enamoraste?.

Y Cayetano sonríe y calla. Y sonriendo y callando, y sufriendo, se nos fue. Sólo nos quedan en las manos su recuerdo romántico y un puñado de versos que en este libro encontrarás, amigo lector. Buenos versos. Como todo lo suyo.

POEMAS



Un poema segrega la palabra,
cada palabra, las palabras todas,
cuando el papel las llama,
como balcón de vértigo, a tus manos.

Cercana te diviso entre las letras.
Por la tinta te afluye
la reverberación de tu quisiera.

Y el resto de la hoja descolgada
estampa era prenatal, silencio ex-
tracto, de mi mirarte.

El Brillo del Pasado



I.

(Te quise)

Te quise.

Y aparece pura la palabra cual pájaro feliz
ungido de aire.

Porque este te quise aún no ha fenecido. Queda aún
su radiante cualidad, su brillo inacabado
deslizándose una y otra vez por las manos expectantes.

Yo te quise.

Y no se está muerto. Resbálase
toda la carne, como temblorosa
como los ojos tranquilos o profundos y un nudo en la garganta.

Porque esta mujer puede ahondarse
en las mecidas de un viento cualquiera
y puede venir. Puede venir.

Y este hombre deshecho en este sillón, repite
la misma palabra: ¡Ah, cuántísimo te quise!. Deleitándose,
indaga aquella circunstancia por la que ella se fue.

¿Adónde iría?. ¿Vivimos?. Y dice vivimos
hilvanando pocas vidas, inmersas
ella y él, desde luego.

Lo que supone un amor profanado por el siglo
cierto de tanto herir. ¡Ah, el amor separado
que un te quise no puede articular!. Ha perdido los perfiles de su cara
está casi muerto o tirado en el vivo día
y solo, pero deliciosamente, puede decir
te quise.

II.

(El brillo de tus brazos)

Tu estancia fue luz. La noche
intermedia. Hoy
cansado ya el sol de su tanta comfortable alegría
vuelvo a traerte a mi presencia. Nueva,
vibrante como un lago
entre dos pechos que acaban de perder una piedra
por la mano de un niño,
amante de la onda.

Sonetos



Lo tiendo bajo mí para sembrarlo
y estrellarlo y platearlo de videncia,
y dorarlo y crecerlo de conciencia
y alarlo de poder, y libertarlo.

Lo tiendo bajo mí, para encarnarlo
y plasmarle en el vientre tu presencia,
y verterte, horadándolo, mi esencia
y anegarlo de amor, y enamorarlo.

Lo tiendo bajo mí, para entregarme,
y volarme en su nata a tu llamada.
Y, nata, restituirte tu mirarme.

En el papel rebusco la morada
para perderme en ti, y con él salvarme
y salvarte y perdernos de la nada.

¿Dónde tienes la fuente de delirio
que te busco en los ojos? ¿Dónde guardas
la luz que necesito y me retardas?
¿No has oído aun mi ausencia en tu retiro?

Por cada perspectiva que te miro
edifico una esquina en que me aguardas.
Y esperando que esperes porque ardas
soy yo quien se consume en tu suspiro.

Te pienso, distanciado por tu huida,
y te siento más cerca que en mis manos.
Tu cabeza de flor, de sol pequeño,

en los iris la tengo ya esculpida,
grabadas en las mías van tus manos.
No te salva que niegues: yo te sueño.

Al final siempre habrá un jaque mate
y será la jugada más redonda.
Será la elipsis de una simple onda
y quizás un cobarde disparate.

Más elegante sé, -más si te abate-,
a más urdida trama que se esconda
y más amor certero le responda
a cada jaque que se quiso mate.

Deja las flores sobre tu tablero
partir el corazón de alguna dama,
déjalas suspendidas de la llama

de una partida con lo verdadero.
Y en tanto juegas, quiere tú el primero,
que siempre vive más el que más ama.

Casualidad de las casualidades,
parece que estuvieras esperando,
no digo más que me parece, cuando
parece, digo, que no son maldades.

Tiene el azar oscuras propiedades,
locuras mías que estaré buscando,
que no me explico y que me van liando
un hilo al corazón en soledades.

Lo mismo da que cierres o que abras,
escribo lo que oigo muchas veces
y no quiero decir abracadabras.

Alguien soñó con panes y con peces,
me sueño yo y sueño mis palabras:
sueños multiplicados como preces.

Naturalmente que qué más quisiera,
puesto que ya ni más quemas ni menos
que lo que yo sé arder, sin ser mis frenos
sino lo que aprendí una vida entera

como quien dolorosamente espera
de tantos labios y ojos como truenos,
dulcificarte, pues, tantos venenos,
mundo profano o sacra primavera,

borrar la estupidez, que el tiempo acabe
por someter los hechos y los sueños
y ésto no sepa al amargor que sabe,

qué duda cabe, y ni aún parece
que los menores males sean pequeños
para este corazón que no perece.

Perdóname, querida, esos sonetos.
Tampoco quiero disculparme, acaso.
Fueron así y respondo del fracaso,
de no saberlos hacer más discretos.

Se pasan de famosos los cuartetos
y para lo soez no hay más que un paso.
Sólo salvo unos versos, en el caso
de que a ti te gustaran incompletos.

Cuando nombro la luz, -que a mí me falta-,
y creo que es un buen día, por ejemplo.
Y pocos más que ahora no hacen falta.

Y lo peor es que soy reincidente,
con todas estas faltas y otro ejemplo
de soneto que entrega un imprudente.

El Amor Increíble
(1969)



I

Has vuelto, duda, amor, sueño de humo,
fuego de sueños, bella, inmensa y fría.
Has vuelto y dulce, limpiamente has hecho
un corte yugular a mis sofismas.

La música carnal de tu presencia,
lanzada sin compás contra mi sangre
ha fundido los vidrios del olvido,
deshelando el suicidio de adorarte.

La música carnal de tu presencia,
lanzada sin compás contra mi sangre
ha fundido los vidrios del olvido,
deshelando el suicidio de adorarte.

Un hervor de sollozos redentores
de la pelvis me asciende hasta la nuca.
Una demencia trémula y mordiente
se me abraza y la estrecho a la cintura.

Por los ojos me seca tu belleza.
Por el aire me vuelca tu mirada.
En el pecho me estalla tu ternura
y las piernas me quiebra tu arrogancia.

Diosa, tierra sagrada de otro país,
por ti renacen mis versos. Has vuelto.
Has vuelto. Y, aunque ya no estás,
me inmolas
en esta vibración de tu recuerdo.

II

A un día y varios metros de distancia,
añoro el bar, estimo con el alma
el salón alto, solo y recogido
que dijo alguien, desde ayer, mi amigo.

Se disparó mi verso nervio a nervio
manchándome de fe sobre un sendero.
Habló de amor. Habló de ti, y en ti
juró su origen. Yo me incliné, y creí.

Carne a carne, contigo quiero estar
en el balcón aquel, por donde el mar
llegó de tu recuerdo, como el cielo,
azul, como el salón y cada verso.

Veremos persistir esta alegría.
Vendrás. Y volveremos otro día;
porque yo no me engaño: tu presencia
se hará, pólder a pólder, de mi arena.

III

Te doy tenaz, certera y, sobre todo,
fuertemente (el tendón de la esperanza)
en tu pasión lanzada hacia nosotros
con el mármol capaz de mi palabra.

Una voz tan ardiente como honda
se derramó feliz a noche abierta.
Una categoría abrumadora
olvidó sin antídoto su huella.

Perseguiré la lucha de extraerte
-sístole a sístole- átomo tras átomo.
Con tu pasión te afirmo que he de verte
siempre entera, desnuda, como un campo.

Como su aire, exijo el de los árboles
de la extensión compacta de tu instinto.
He de expandir al límite de nadie,
hinchidos, los paños de mi río.

Hasta siempre, la atmósfera sin hiedras
de tu médula que arde por sí misma,
de tus manos, que queman bajo niebla,
de tu vientre que enciende, que ilumina

para enfocar por ella mi arriada,
para enfocar por ella mi destino.
Para sentir mi ansia acompañada
palmo a palmo y sin tregua en el exilio.

No moriré conmigo dentro ya.
Ni dormirás conmigo. Será un viaje
alto, profundo y duro para amar.
Vayamos. Nos esperan por delante.

Por nosotros, te pido que resistas,
que mañana, lo juro, triunfaremos.
Porque ahora tengo a Dios en las costillas
y sé que así se puede. O porque creo.

Homenaje a Bécquer

Estamos inclinados, detenidos,
cercados otra vez por tu recuerdo,
tu densa calentura destrenzada,
desgajada en el viento.

Apenas se comprende que persistas,
que atengas tu cariño confundido,
tu amor envenenado, sobre el alma,
tercamente prendido.

La noche se hace río y se resuelve,
rebelada y desnuda, en tu tristeza.
El aire fue nevada persiguiendo
tu voz sin madriguera.

Naciste delicado para el cielo;
heredero de ti, ensimismado.
Recorriste una historia abandonada
buscándole remansos.

Tu oscuridad amaneció besando
el pecho sorprendido de las páginas.
La nostalgia que anclaste con tus sueños
te alzó del mar al alba.

Nosotros deshojamos el silencio
mirándote mirar tan alto y solo
en ese -corazón de la distancia-
libro de versos rotos.

(Mayo, 1970)

El Miedo

(Meditación sobre un poema)

Quizás lo más absurdo sea volar al infinito,
volar a aquella blanca nada del más allá del mundo,
volver quizás volver no sea tan absurdo,
pero el espacio es negro y oculta muchas sombras,
la luz está en dos extremos
más allá y más aquí,
no hay quien mate pájaros por capricho
pero la crueldad tiene brazos y lo que es peor ventosas,
y a veces usa arco y flechas como el amor
y hay quien tiene miedo y hay quien tiene pánico,
y entonces el regreso es un lamento arrinconado,
una boca deseada a la que se vuelve la espalda,
cuando llueven pájaros, maldito sea el disparador,
maldito el que dispara y así riega la tierra,
pero las alas son para caer cuando se busca la libertad
como Ícaro cayó, como ya ruedan tantos
y es igual rodar que volar tan alto
habiendo sólo un tiro de por medio antes o después,
el volador ignora el dolor de los que ruedan
y el miedo de éstos a ser levantados,
no más pájaro en mano antes rodando,
cientos volando antes exhaustos que volver,
con todo más terrible el dolor del que dispara
y comprende lo hecho,
cómo olvidar los ojos del caído
y cómo devolverle el calor para un nuevo vuelo,
no se hizo la jaula sino para el amante
no se es amante sino para la jaula del amado,
mas no se hizo la jaula para los amantes
sí la esclavitud aunque en ellos es irreconocible,
pero entre tantos que vuelan que ruedan que disparan
cómo encontrar una sola pareja de amantes,
esclavos irreconocibles,
de un amor que no huya que no dispare que no ruede.

(Diciembre, 1971)

Poemas sin títulos



Ahora que alegremente vuelvo
de ver a gente
de observar a otras
que tengo la mirada llena de caderas certeras
y de pechos tallados dulcemente
me pregunto por ti
por la extraña mujer que se ha hecho queriéndome
por la que transita ocupada en olvidarme
por la que mañana me hará descolgar el teléfono
por la que besaré mañana
por la que cruza mi cuerpo como un río directo por su cauce.

Me pregunto qué atentas con tu indiferencia aparente
con tu venir volcada
con tu quemarme a besos
con tu sonrisa amarga
y el descarro de tus caricias.

Esto es un amor difícilmente claro
donde tú amas con eso tan manido que es el alma
y yo te correspondo con algo que aun no conozco bien
pero que te va enredando diariamente a mis preguntas.

Amor en la laguna del derruido bosque
amiga y enemiga hallada a contraluz.
Tú tienes mi deseo enarbolado al punto,
oscura llamarada del río grande, azul.

La nube que me cubre, la tienda de campaña,
la noche desolada, la música o el vermut.
Cualquiera cosa eres, exactamente nada,
exactamente puedes ser lo que quieras tú.

Si quieres ser la noche será una noche triste,
si quieres ser la nube me quitarás la luz.
La tienda de campaña: tu cuerpo, tu ensenada.
Pero dejemos todo en música o en vermut.

Amor en la volcánica tierra de desierto
apagada silueta vertida por el monte.
Al fondo, el río, el lago, el valle, la nublada,
el sol hecho naranja, el secreto horizonte.

Donde tu cuerpo asoma, detrás de la colina,
está la ciudad vieja, el paso de los hombres.
La música grabada, el viento peligroso
en tu corazón vienen a destapar la noche.

La noche de los vientos, la noche de los fuegos,
la noche de los besos, la noche de las voces.
Pero dejemos todo colgado en el paisaje.
Para olvidar nos basta dejar pasar la noche.

Las estrellas ocupaban su vivienda.
Los pájaros las ramas.
El viento balanceaba los silencios.
El pez su sueño de agua.
El hombre y su buril, entre tus piernas,
la rosa ejecutaban.
Perdida la memoria de los hechos,
la noche sangra y sangra.

(Febrero, 1974)

jirones de camelias encendidas
apagan esta tarde las cerillas
los diálogos de amor se han estancado
en la boda de nata soporífera
del clan de los caciques
amén amor amén amor perdido
tuya es la muerte tuya fue la vida
la escarcha trimegista de los ciclos
viene radiante a ver la pluma de oro
a ver la calle la ciudad la tarde
superpoblada de trivalvas conchas
a nadie importa el ciclo la amistad
los rotos cauces húmedos de helecho
al fin la poda se instruyó por tanto
para ser puesta en alto y bendecida
con el agua el maná la muchedumbre
la luz la cal el sol y la mentira
luchar por qué luchar a ver por qué
si los que tienen astros son los sordos
los mudos los idiotas los traidores
la canícula advierte se traspone
enrojece incha alza abre los brazos
delira calla calla y se contenta
flores de abril corchetes amapolas
cantos y pompas álgidas magnolias
desfiles suculentos lentos planos
agitación de manos y de lenguas
al fin la foto hecho

(Febrero, 1974)

El hombre alza al hombre con su abrazo
-ha de sentir sus órganos calientes en el pecho-
y aprieta, aprieta, aprieta.

El hombre cabalga sobre el hombre
-ha de sentir las manos que le agarran las nalgas-
y grita, ruge, aúlla.

El ciervo come de unas yerbas, la serpiente se desliza.

El hombre aprieta con su abrazo y sostiene al hombre por encima
-ha de sentir su mano arrancando su pelo-
y afirma sus pies y sus mandíbulas.

El hombre grita al hombre y le palmea el brazo
-ha de sentir su aliento en su barriga-
y se aquieta por fin y se extermina.

El ciervo deja de comer, se acerca, le saca una costilla.
El hombre huye del hombre.
La serpiente se desliza.

La costilla es hermosa y llora por el hombre, llora, llora.
Viene el ciervo y le lame la espalda.
Viene la sierpe y le hace el amor.
Vuelve el hombre y mata al ciervo.
La serpiente se desliza.

Coge el hombre la costilla del hombre y la contempla.
Recuerda su miembro en su pecho, sus manos en sus nalgas,
su mano en su pelo, su aliento en su vientre.

Siente deseos. Siente una terrible nostalgia.
La costilla da a luz su descendencia.
El hombre se desliza.

(Febrero, 1974)

tupida no, clara y precisa
es la palabra, lleva el acento
que le diste y la dista mucho
de otros sentidos, eres la voz
no confundida que me silencia
y que me habla y yo el que habla
en tus silencios, no me silencias
antes de que diga todos los versos
que aprendí de ti, dime, di los
versos, he de callar, tocado
por tu dedo no tengo labios
para contar, tiemblan mis manos
no tiemble yo, ni aviso miedos,
nombra mi amor, ladran y narro
que esos perros como a un ladrón
me roban el discurso, fíjelo yo
en mi oído, el de ese corazón
que puso, además y al menos,
el que dijo no he de callar,
apunte mi arco de los dedos, no
sé cómo, el más helado, líneas
de fuego en la frente humana,
húmedos blancos de tus besos,
jazmines y números confundidos,
es y no es la diana, arquero,
dispara, vuelan inmóviles claras
palabras y sentido acento.

A ti, siempre
(Acuse de recibo)

Clásico mandarín de popa y viento,
llamada observadora, triste unguento,
delicado marfil -¡crís!, (lo lamento)-

antifaz luminoso, incapataz,
capataz de antifaces, y de flass,
antena o gargarita, miss falaz.

S.O.S., borrachera acústica, alpina,
camarote de té y cafiaspirina,
timonel sin timón, ¿cuca o minina?;

mingo, legado, tango, pingo, tongo,
mastodonte de lis, monsieur dispongo,
pavana, triquitraque, vals, zorongo.

Caballito de mar, marejadilla,
¿ríes, sonrías?: corre que te pilla;
¿velas, vela?: luciérnaga en capilla.

Perdón, retiro; mi intención es buena.
Celebro versos -stop- divina vena;
yo crío canela, ¿gustas? -stop- ¡verbena!.

La Venus del Siglo
(para Bosco, que lo entendió mejor)

Rompe la ola su tricornio trino.
Danza la almeja celebrando el día.
Vuela la cobra, fierabrás, el salto.
Gira la arena en vendaval de dicha.

Álzase en puntas la feliz nacida.

Viene con piernas de caimán vencido.
Viene con brazos de senil galápago.
Trae la cintura en caracol rugoso.
Pechos de cabra, cabellera de algas.

Tiene en los ojos el dulzor del búho.
Tiene la boca del escualo manso.
Aletas cuelga por tener orejas.
Y voz no tiene por bastarse muda.

Llega del mar por visitar la tierra.
Llega del mar por conocer mi mundo.
Quiso acudir a mi llamada ansiosa.
Quiso venir para entregarse al hombre.

Yo la llamé. Yo la llamé, pues la amo.
Amo su piel velluda, negra, áspera.
Amo su aire de cetáceo hembra.
Amo sus nalgas, su posar, su ojera.

Y amo, además, que es diosa, diosa, diosa.

(Febrero, 1974)

Canción

**(A miss Lola, nunca sola.
No madera de puta: viruta de ramera)**

Corre, corre, caballito,
corre, corre, corre más.
Que detrás viene el diablo
y es una hembra por demás.

Traga tierra, traga tierra,
alza polvo, corre más
Que detrás viene el diablo
y es una hembra por demás.

Baja el monte, sube cuestras,
surca el valle, corre más.
Que detrás viene el diablo
y es una hembra por demás.

Cruza el río, bucea el lago,
corre, corre, nada el mar.
Que detrás viene el diablo
y es una hembra por demás.

Adelanta por la niebla,
sal del foso, corre más.
Que detrás viene el diablo
y es una hembra por demás.

Pasa por entre las fieras,
salta el árbol, corre más.
Que detrás viene el diablo
y es una hembra por demás.

Atraviesa los poblados,
a ver quienes corren más.
Que detrás viene el diablo
y es una hembra por demás.

Por la nieve, por el hielo,
corre, corre sin parar.
Que detrás viene el diablo
y es una hembra por demás.

Por la selva y el desierto
corre firme, corre más.
Que detrás viene el diablo
y es una hembra por demás.

Bajo el sol y sudoroso,
cuanta más sed, corre más.
Que detrás viene el diablo
y es una hembra por demás.

Corre, corre, no te arredres
con la lluvia torrencial.
Que detrás viene el diablo
y es una hembra por demás.

Los sembrados, los rebaños,
córrelos por la mitad.
Que detrás viene el diablo
y es una hembra por demás.

En desfiles militares
y en las ferias corre más.
Que detrás viene el diablo
y es una hembra por demás.

Entre guerras y concilios
corre y pasa sin mirar.
Que detrás viene el diablo
y es una hembra por demás.

Que ni bólidos ni cohetes
ni almas puras corran más.
Que detrás viene el diablo
y es una hembra por demás.

Parte a parte escarba el mundo,
cae al abismo y corre más.
Que detrás viene el diablo
y es una hembra por demás.

Corre por el Universo,
entra al Cielo sin llamar.
Que detrás viene el diablo
y es una hembra por demás.

Tira a Dios y a los benditos,
sal del Cielo y corre más.
Que detrás viene el diablo
y es una hembra por demás.

Y cuando se acabe todo
frena en seco y frena mal.
Que yo vuele por encima
del infierno existencial.

Corre, corre, caballito,
corre y corre a reventar,
que detrás viene tu diablo
y será yegua inmortal.

(Febrero, 1975)

Fábula I

Vino a verme la curiana,
vino a mí el jaramago
y dijeron quién es quién.
Vino a verme el diente de ajo,
vino a mí la salamandra
y dijeron quién es quién.

Respondiles que no hay nada
que yo sepa responder.
Que entre todos los mortales
yo soy el que menos sé.

Vino a verme la luciérnaga,
vino a mí la zarzamora
y dijeron quién es quién.
Vino a verme la chumbera,
vino a mí la mariposa
y dijeron quién es quién.

Respondiles que vería
sí podría responder.
Que entre todos los mortales
yo soy el que menos sé.

Vino a verme la tortuga,
vino a mí la pasionaria
y dijeron quién es quién.
Vino a verme la lechuga,
vino a mí la solitaria
y dijeron quién es quién.

Respondiles que no hay mucho
que yo sepa responder.
Que entre todos los mortales
yo soy el que menos sé.

Vino a verme el caracol,
vino a mí el perejil
y dijeron quién es quién.
Vino a verme el camaleón,
vino a mí el regaliz
y dijeron quién es quién.

Respondiles que quizás
les pudiera responder.
Que entre todos los mortales
yo soy el que menos sé.

Vino a verme la cebolla,
vino a mí la garrapata
y dijeron quién es quién.
Vino a verme la carcoma,
vino a mí la calabaza
y dijeron quién es quién.

Respondiles qué difícil
no sé cómo responder.
Que entre todos los mortales
yo soy el que menos sé.

Llegó en esto el cocodrilo
y la secuoya y gritaron:
conque dicen quién es quién.
Y después el eucalipto
y el elefante y gritaron:
conque dicen quién es quién.

Como era natural
nos callamos de una vez.
Ante tanta majestad
no era cosa de entender.

Acercose la palmera
y la anaconda y gritaron:
conque dicen quién es quién.
Arrimose la ballena
y la araucaria y gritaron:
conque dicen quién es quién.

Como era natural
nos callamos de una vez.
Ante tanta majestad
no era cosa de entender.

Y además el alcornoque
y el jabalí y gritaron:
conque dicen quién es quién.
Y luego el rinoceronte
y el algarrobo y gritaron:
conque dicen quién es quién.

Como era natural
nos callamos de una vez.
Ante tanta majestad
no era cosa de entender.

Acudió el pavo real,
la bellasombra, y gritaron:
conque dicen quién es quién.
Reuniose el baobab
y el bogavante y gritaron:
conque dicen quién es quién.

Como era natural
nos callamos de una vez.
Ante tanta majestad
no era cosa de entender.

Y sumáronse el almendro,
el oso, el haya, el nogal,
el león, el puma, el fresno,
el abeto, el gavilán,
el ciprés, el toro, el cedro,
y hasta el águila imperial.

Y gritaron y gritaron:
conque dicen ¿quién es quién?
Y gritaron y gritaron:
conque dicen ¿quién es quién?.

(Febrero, 1975)

Canción II

Solitaria soledad
te agradezco el alimento.
Pero te niego razón
de ser el ser verdadero:
mi prisión.
Mi prisión.

Solitaria soledad
el sol se quema muy lejos
de mi ventana de amor.
Y en la puerta tu lancero:
tradicción.
Tradicción.

Solitaria soledad
los cuatro muros y el techo
aprietan mi corazón
contra el empuje del suelo:
mi pasión.
Mi pasión.

Solitaria soledad
sólo manos ante el fuego
que hacen sombras de amistad
jugando el célebre juego.
sociedad.
Sociedad.

Solitaria soledad
asesina del silencio,
hambriento de la verdad
pero único verdadero.
Libertad!
Libertad!

Solitaria soledad
tu me das beso por beso:
yo la vida, tú el cantar;
tú el amor, yo compañero.
Todo en paz.
Todo en paz.

Solitaria soledad
aprietas mi corazón
hambrienta de la verdad
de mi ventana de amor.
Todo en paz,
mi prisión.
Todo en paz.

(Febrero, 1975)

Canción III

Enterraré mi corazón.
Mi corazón enterraré.
En ceniza, mi corazón.
Pa que se apague.

No pudo la ira del dolor.
No pudo el agua del placer.
Lo enterraré. Lo enterraré.
Pa que se apague.

No ayudó el asco, siervo fiel.
No ayudó el miedo desertor
Lo hago yo solo, corazón.
Pa que te apagues.

Lamento mucho tanto amor.
Yo te incendié. Yo te incendié.
En ceniza te enterraré.
Te enterraré.

No pudo la ira del dolor.
No pudo el agua del placer.
No ayudó el asco, siervo fiel.
Te enterraré.

No ayudó el miedo desertor.
Lo hago yo solo, corazón.
Yo te incendié. Yo te incendié.
Pa que te apagues.

Pa que te apagues, corazón,
y no volverte a ver arder.
Y no volverte a ver arder
por más amor.

(Marzo, 1975)

Fábula II

La belleza y la sombra
se miraban desnudas.

La sombra contemplaba
la belleza a oscuras.

Y la belleza abría
su alma y su postura.

La enamorada sombra,
tan delgada y profunda.

Apasionada y tierna,
la belleza más pura.

Entre flores y estrellas
se acarician ocultas.

Besos azules van
a parar a la luna.

Mas un pez rojo cruza
la belleza y la sombra.

Amaneciendo viene
el sol que las asombra.

Y una clara envoltura
separa una de otra.

Y la belleza canta
mientras el sol la toma.

Pero la sombra se hunde
más y más en la sombra.

Y a ratos casi olvida,
y a ratos se enamora.

Pero siempre la sigue
la belleza a la sombra.

(Marzo, 1975)

Romance I

(...sino a quien conmigo va)

Quiero ir contigo, contigo.
Escupo al cielo en su noche.
Escupo al alba temprana.
Escupo al sueño, al veneno.
Escupo en todas las aguas.
Escupo al suelo y al aire.
Escupo en todas las camas.
Escupo a amigos y extraños.
Escupo casa por casa.
Quiero ir contigo, contigo.

Contigo, quiero ir contigo.
Dejando atrás el silencio.
Dejando atrás las palabras.
Dejando a un lado secretos.
Dejando a un lado esperanzas.
Dejando a un lado los ojos.
Dejando atrás las llamadas.
Dejando a un lado certezas.
Dejando a un lado mudanzas.
Contigo, quiero ir contigo.

Contigo quiero ir, contigo.
Donde tu voz sin secretos.
Donde tu cielo sin vientos.
Donde tus manos sin alas.
Donde tu frente sin flores.
Donde sin suelo tu casa.
Donde sin sueños tu cama.
Donde tu paz sin veneno.
Donde sin tumbas tu danza.
Contigo quiero ir, contigo.

(Marzo, 1975)

Fábula III

(Lección recitada)

Maestra: Todas las niñas no son felices.
 Alumnos: Las hay blancas y frías y tristes.
 Maestra: No todas las niñas son felices.

Maestra: Muchos niños miran al vacío.
 Alumnos: Tienen el corazón aterido.
 Maestra: Díme adónde miran muchos niños.

Maestra: Hay ancianas que da pena verlas.
 Alumnos: No pueden levantar la cabeza.
 Maestra: Va con malicia: ¿qué te da pena?.

Maestra: Los ancianitos pierden la vista.
 Alumnos: Y la ilusión, y el hambre, y la prisa.
 Maestra: ¿Qué pierden los ancianitos, hija?

Maestra: Las muchachas quieren tener novio.
 Alumnos: Tendrán hijos sin amor ni odio.
 Maestra: Fácil: ¿quiénes quieren tener novio?.

Maestra: Los jóvenes sueñan con el triunfo.
 Alumnos: El triunfo no existe. Es disimulo.
 Maestra: ¿Qué hacen los jóvenes? Pregunto.

Maestra: La mujer inspira a los poetas.
 Alumnos: Hay muchísimas analfabetas.
 Maestra: ¿Qué sucede? ¿Qué risas son esas?.

Maestra: El hombre es señor del Universo.
 Alumnos: Faltan los apellidos, para eso.
 Maestra: ¡Silencio, por Dios! Continuemos.

Maestra: Y, ¿qué partes de la oración son:
 Alumnos: Las más amargas de la oración.
 Maestra: Esperad que las diga. Aún no.
 Alumnos: Las más amargas de la oración.
 Maestra: Un momento. Esperad. ¡Atención!
 Alumnos: Las más amargas de la oración.

(Marzo, 1975)

Romance II

Vuelve, llama, dice, quiere.
Ella pide y yo concedo.
Sonríe, chusmea, pasea.
Se balancea, gira, y espero.
Caerá. Pende de un globo.
De una aguja. De un deseo.
Mira y mide. Acepta, empieza.
Estoy, oigo, tomo, quiero.
Esto es: no hay paz. Ella viene.
Viene, toca, besa, dentro.
Abraza, abraso. Así siempre.
Aquí está. Hoy planta el cerco.
Ría o llore: quiere, vive.
La quiero, -digo-, la quiero.
Se estrecha, aprieta mi amor.
Yo, yo solo. Y ella. Fieros.
Su lengua desgarrar todo.
Ríe, ama, llora secretos.
La canción. Canta la canción.
Yo escribo el desconsuelo.

(Junio, 1975)

Poema Definitivo

He subido a la cúspide.
A la montaña del amor.
Y he bajado.
He subido a la cúspide.
A la montaña de la guerra.
Y, por mis propios pies, he bajado.
He subido a la cúspide.
A la montaña de la felicidad.
Y he bajado.
He subido a la cúspide.
A la montaña del dolor.
Y he bajado.

Y, ahora, en la llanura, decidme
¿con quién me encuentro?
Con todos los derribados.

(Septiembre, 1975)

Canción de Lucha Campesina **(para Manolo y Concha)**

De la tierra es la espiga,
y los pájaros del aire.
Cazadores, segadores,
aire y tierra, tierra y aire.

Como balas, como trillas
vienen otros cazadores,
trilladores como a espigas
quebrar quieren nuestras voces.

Ahora sois los cazadores
cazadores de las trillas;
segadores: trilladores
de las balas que nos pillan.

Es el momento del hombre,
del pájaro y de la espiga.
Para el aire y nuestra tierra
las balas y aquellas trillas.

(Junio, 1976)

Canción del 76

(muy lento)

Dicen los muchachos
los de buenas ropas
que España es una
grande y libre rosca.

Que tienen dinero
apellido y gloria
y que con su cara
se comen la rosca.

(rápido)

¿Quiénes son
estos pijos
retozones
cuánto saben
cómo nacen
qué cabrones
tos tan vivos
quiénes son?
Los hijitos
del patrón.

(rápido)

¿Quiénes son
estos guapos
caraduras
bien vestidos
tos mu finos
qué hijoputas
tos tan sanos
quiénes son?
Los niñatos
del patrón.

(muy lento)

Dicen los chiquillos
los de brava tropa
que España es reino
de divino dogma.
Que tienen licencia
cadena y pistola
que salvan la patria
de la peste roja.

(muy lento)

Dicen los chavales
los de buena historia
que España es arriba
y abajo la noria.
Que ellos tienen clase
jaguar y marmota
que son dirigentes
de gente de noria.

(rápido)

¿Quiénes son
estos santos
salvaores
con sus cruces
y sus puzzles
qué chupones
tan lanzaos
pero diga
quiénes son?
Los bastardos
de la niña
del patrón.

(Noviembre, 1976)

Coplilla para el Referendum

Manda el señor al lacayo
dile al pueblo que me vote.
Y el lacayo le comenta
soy el gobierno daré orden.

Va el lacayo hasta la plaza
y así habla a grandes voces:
dice el señor capital
que eres libre y que le votes.

- Libre, libre, libertad...
qué significa ese nombre,
no me lo ha enseñao nadie
y ahora quieren que lo adorne.

- A este pueblo del trabajo,
grita la voz de otro hombre,
no le enseñarán verdades
ni lacayos ni señores.

Todo el gobierno replica
con trompetas y tambores.
Pero el aire lo que lleva
es la verdad de estos hombres.

Entra la guardia a caballo
deshaciéndose en razones,
tuvo el lacayo medalla
y el señor sus votaciones.

(1976)

Canción de la Merienda **(para mi hijo)**

Guillermo, el aventurero,
se toma un plátano entero,
una manzana y un pero,
dos naranjas, ni una menos.

También se le echa una pera,
azúcar, y no canela,
se le muele con la muela,
y así se lo da su abuela.

Y es que no hace ni un puchero
porque la fruta es tan buena
que ella sola se le cuele
como un pájaro en un vuelo.

Y así se la da su abuela.

Médico

(a mi hermano Antonio)

médico
así me lo pareces
y lo creo,
que lo eres,
cómo son las cosas,
después de verte,
y así, con este son
y ese don de santos
y las cosas propias
de estos casos,
te saludo, que estás
en otro Vaticano,
uve, del verbo,
cura el que sana,
a ver, de hacemos,
sanísimo contagio,
médicos, siquiátras,
recetas con los dedos,
y psicós, con los labios,
y versos, y silencios,
oh, palabras!

(Octubre, 1988)

Oda a la Tormenta

(Marzo, 1991)



Anoche vino ella,
rabiosa,
azul, color de noche,
roja, color de vino,
la tempestad
trajo
su cabellera de agua,
ojos de frío fuego,
anoche quiso
dormir sobre la tierra.
Llegó de pronto
quería dormir
y preparó su cama,
barrió selvas, caminos,
barrió montes,
lavó piedras de océano,
y entonces
como si fueran plumas
removió los pinares
para hacerse su cama.
Sacó relámpagos
de su saco de fuego,
dejó caer los truenos
como grandes barriles,
y cuando ya creíamos
que terminaba el mundo,
entonces,
lluvia, lluvia,
sólo lluvia.
Con tus dedos
de música,
con tu fragor de invierno,
con tu fuego
de volcanes nocturnos.

Diste fuerza a los ríos,
enseñaste a ser hombres
a los hombres,
y, cuando ibas a destruirnos,
cuando como cuchilla
bajaba del cielo la furia,
cuando temblaba
toda la luz y la sombra
junto al mar en tinieblas,
tú, delicada tempestad,
novia mía,
furiosa,
no nos hiciste daño:
regresaste a tu estrella
y la lluvia,
lluvia verde,
lluvia llena de sueños,
reparadora,
lluvia de cosechas,
lluvia que lava el mundo,
lo enjuga y lo recrea,
lluvia para nosotros
y para las semillas,
lluvia para el olvido
de los muertos
y para nuestro pan de mañana,
eso sólo dejaste,
agua y música,
por eso,
tempestad,
te quiero,
cuenta conmigo,
vuelve,
despiértame, ilumíname,
muéstrame tu camino,
para que a ti se junte
y cante con tu canto
la decidida voz
tempestuosa
de un humano.

Poemas de la Inocencia



saboree yo el canto de alabanza
escrito sobre la Tierra, distinguiendo
lo bueno de lo malo, para ir
purificando lo malo con lo bueno,
celebrando mezcladas y distin-
guindas cada cosa por su lado,
rápido en los espacios, despacio
en el tiempo, musicalidades de los gestos
labiadores-labradores, sin saber,
no sinsabores, sabiendo, no sin
saboreando cánticos y menudencias,
distintas y sabrosas, se busca
y se captura el sentido de los sentidos
con una red de palabras dejadas
como cometas indecisas, temblorosas,
suspendidas, enjauladas para luego
soltarlas cerca de las aguas y las
plantas, en las sorprendidas miradas
de los niños y de los mismos pájaros
al lado, alados, aleteando también
los peces en el agua, la más clara,
y en las profundidades de los océanos,
sean los tres pacíficos, los tres
atlánticos, índicos, porque el agua
fluye de un continente a otro,
humedeciendo las orillas, como las
palabras, (continentes), líquidas,
saboreadas cuando conversamos y/oh!,
más olas, decimos en versos.

y sean amables, como se confía
en las alas de los aviones,
de los salones, de los pájaros,
celeste sala, la sal, blanca,
confío en las palabras más
saladas y transpa -no trampas-
-rentes, de blancos y de negros
y de amarillos, pálidas del
susto pero brillantes de risas,
y aceitunados, unas con hueso y o-
tras ellas, ellas, las palabras
deshuesadas, ellos, los hechos,
no me lo entiendas más que
derecho, endereza todas las ideas,
como aderezas las viandas, las
vi, vamos, todo lo que hay fuera
y dentro, están las imágenes
y las estatuas, qué estatua
inmóvil, el arte, la mirada,
el oído, qué son, eh, qué son,
ya sabes tú, qué sabes, qué sé
yo, las alas de los ángeles y
qué, y qué discutiremos en el ala,
como un aula, del saber.

alcalde soy de mis versos,
alcalde de mis poemas,
aquí mando yo y la vara
es ese verso que lleva
palabras de amor y risas
a todas las compañeras,
carcajadas amorosas
de una chifladura nueva,
y para los compañeros
hago saber en las fiestas
que dispongo por mi cargo,
con papeles y a la fecha,
en Sevilla y en mi casa,
de las mil y una recetas
de cocina, sabrosísimas,
para servir en la mesa
a familiares y amigos
que sin venganzas me vengan,
y a más ricas, más bendigo,
y a más pobres, menos cuestan,
muchachos, poned el paso,
muchachas, quitad las penas,
al aire de las canciones,
las más nuevas y más viejas,
venir, poner y quitar
palabras de los poemas,
pero dejadme lo bueno,
lo malo se traspapela,
cuando vosotros llegáis
la casa es que se me llena
de aquellos lindos pucheros
de la divina Teresa,
chiquillos que ríen y lloran
y niñas como frambuesas,
fuentes de sabiduría
con preguntas y sorpresas,
los jóvenes y mayores
hay que ver cómo contestan,
alcalde soy democrático...
pesar de la vara ésta!.

qué escribo o qué no escribo,
eso es lo que pienso, como si
yo pudiera comer sin pensar en
los de menos, seguid el hilo de
Ariadna, que este laberinto tiene
corazón, cualidad de cantidades,
cantidad de calidades, cualidades
de la naturalidad, oh!, ah!, eh!, la
divinidad de esta naturaleza
de que me alimento, la
naturalidad de este vaso de leche
con miel, apicultores y ganaderos,
oh!, agricultores de las flores,
ah!, vaqueros de los cuatro puntos
cardinales, de las rosas en el aire,
brújulas y el vaso, marineros,
ese barco que me enseñaron a
escribir con b, maestros, profesores,
ingenieros que aprendieron de ellos,
pero qué escribo, qué bebo que no
estoy borracho y lo parezco, eh?
pues no me olvido del trabajo,
de las penas y los lares,
brindemos!

sea yo más sancho panza que duque
de no sé,
más tierno quiijote que danza
sobre la manta,
besando las adargas, dejándome
la lanza
bailando, pues.
sancho que tiembla, que ríe,
que escalofríe,
también.
oh!, sancho-quiijote,
de la cabeza a para qué
os quiero, sino para correr,
pues tenga yo cabeza y cabeza
como tengo dos
pies,
seguidme en este ritmo
frenético no, del tiempo sí,
del tiempo cervantino
y nuestro tiempo a la vez.
quiijote, sancho, Cervantes,
lo sé,
Cervantes, quiijote y sancho,
lo sé, lo sé,
todos fingimos ser,
lo sé, lo sé, lo sé,
sea yo más sancho panza que duque
de no sé.

son diálogos, más que monólogos,
estos monólogos de nuestras vidas,
tú eres el norte, el sur, al este
y al oeste, el centro y el eje,
también, hasta que tú me dejes, oh!,
o yo te deje, al fin (!) de nuestras
vidas, quédate con este deje,
déjame quedarte, vida, no obedezca
uno la muerte, mándame la vida,
son diálogos, más que monólogos,
los deshacedores de la muerte,
hizo dios y izo, sé, la bandera
de la vida!

me gusta esa casa, tiene
una veleta, un pararrayos, una antena
y una pequeña cruz sobre las tejas,
más alto tiene un reloj de sol
para la luz y las sombras,
y por las noches, la luna crece
y decrece sobre un plano de estrellas,
la borrasca, y hasta la tormenta
para emborregarle el cielo,
también tiene, y canales y ori-
ficios justos para una medida de agua,
que no para diluvios, no para temblar
demasiado, los cimientos en la tierra,
y quizás tenga simientes en un granero
porque el viento espera, en el espacio,
a quién besar sin cuchicheos ajenos,
sino los propios de estos casos,
y, así, tiene la lejanía del horizonte
y la proximidad de lo vecino,
y la cal rodeando los contornos
del calor y el frío, no digo más,
que dan escalofríos de no pensar
en las personas, ellas, que tocan
con el dedo la dirección de los aires,
que encauzan el fuego de los cielos
y son emisores-receptores de imágenes
y advocaciones, como cualquier palabra
que designa una teja, pongo por casco,
y para el caso, entera, y quién iba
a entender las agujas de las sombras,
proyectándolas a un tiempo, quién
pondría los ojos hasta en las luminosas,
para quién saetas del amor pálido
con el alma llena, o nueva,
o en un cuarto, ante la ventana
de las más pueriles chispas del
hogar, oh!, naturaleza, borrascosa
humana, he aquí la tormenta, ovejas
canalizadas del agua, que no diluvio,
y el orificio justo de mi corazón,
yo sí que tiemblo ante la tierra,
que no miente, o que sí miente,
granero de los besos y los cuchicheos,
oh, lejanía, ohé, la vecindad,
una de cal y otra de frío, ah, la calor!

pino
agreste
y ronco,
verdes
versos
apiñados
contra el cielo,
larga noche iluminada,
de sueños
despeñándose
hacia el origen,
hacia el final
de la conversación
entre espesuras
y sinapsis,
vahído del ir,
silencioso pinar,
voz de la luz,
tal vez fuego,
arena y ceniza.

esa visita de la esfinge,
apagadas las sombras de la luna,
los rayos del espejo del mundo,
esa pared antigua, por los gestos
del sufrimiento escrita está,
mirándome tanto a mí, tanto a mi imagen,
dominadora y quieta, pudiera volver,
cuanto le pregunté se preguntó,
y yo me contesté y no me respondió,
más que a mi imagen, en el espejo
la vi y la reconocí, sin comprender
lo que veía también, la esfinge
incomprensible, más segura mirándome,
quizás inquieta, sombras de sombras,
si pudiera volver la espantaría
con un gesto, con otra sombra,
dejándola sin luz se iría, herida
por la luna y por la tierra.

es que cuando lo dice no se sabe
si dice lo que sabe, lo sé,
pero es que no se dice si lo dice,
si se sabe, di, ¿tú crees que no?
aquí dice, no creo, sí, cuando...
que es... ¿o no?, si no digo yo, y
yo qué sé, es que lo dice, lo dice,
no sé, no se dice, no se sabe, si
dice... ¡lo que sabe!, pero es que
no, se dice sílo, ¡qué se esconde!
dice... si sé, sabe, di tú... crees
que no, aquí dice no, creo, sí,
¿cuándo?, cuando lo dice, ¿no?, se
sabe si dice lo que sabe, que lo sé,
pero es que... no sé, dice si lo
dice, sí, sé, sabe, dilo tú, ¿no?,
sí, sí... ¿lo sabe?... sí, ¿no?,
no, no se ve, se va, ¡sin mí!

olivo
vadeador,
nadador
de los llantos,
ojos avaros
del amor,
volando,
urdimbre
de labios
prorrumpiendo
silencios, silencios,
viento de dios,
sollozos
en la tierra,
a brazos alzados,
a varazos rendidos,
abrasadoras soledades
varadas en la humillación,
en las vaharadas
del desaliento,
en las veredas
del ¡no!

aquella forma de referir, deudas,
deudos, no pago con oro, plata o
bronce, salda el salvar, algunos,
salgo como el galgo más inoportuno
y llevo atortugado, que no tortura
la meta ni otro premio, la antorcha,
esta luz que, ahora sí, siempre
ha sido el fuego que corría por el
aire, todos los soles que vosotros
sois y pasamos como si pasara nadie,
no hubiera nada dicho, todo referido
con mis deudas, deudos, con oro, de
poder, pagase tanto oro debido y
tanta plata y apenas bronce, que
soy yo de cobre, de lata del tambor
para los niños, niños, quién os oiga
tales sonos de amor, de aliento y genio!

música de las teclas,
dulcemente, que transparenta
la visión, rayos
minúsculos de una máquina
de escribir, en manos
del músico, de la voz que dictan
dedos que bailan y lo demás
sugiere, música, no abandones
la transmigración, de unas
a otras en cascada de pasión,
hasta el silencio, hasta el fin
de la cinta que yo vuelvo
a enrollar, no error, fallo
maquinal, hallo un hilo, un halo
alrededor si vuelve a empezar,
de una cara a la más querida,
recoger, girar y girar en este
mundo, música, más allá, cuerda
sonora antes de volver, qué
volverá, qué voz veré.

es que ya está claridad
saltando de palabra en palabra
como una cabra de alegría
porque falta poco para la cima,
y por las peñas trota como una
yegua hacia la meta,
no sé yo lo suficiente para
atarla con la voz, no se caiga,
para pararla a menos de dos pasos,
qué repaso, del primero que quiera
llegar, y luego entro dentro
de la verdad.

mira el niño y el globo,
el ciprés y la luna,
las doce en punto y el punto
sobre la i,
y al cerrar la ventana
mírame mirarte a ti.

mira ese cielo y la nada
tan distintos así,
tan iguales los besos
dados por ti y por mi,
amor y deseo, jinete y jaca
sin fin.

mira mi mano y la tuya
con tus ojos y mis ojos,
una y otra juntas, justo
mientras miramos el globo,
el ciprés o el niño, la luna,
el cielo sin fin y el punto.

fíjate, que es un cubo, un espiche
de madera, una persiana, un paraguas,
una antena, un hule y hasta unas
bolsas de plástico, y un trapo y unos
alambres, y un ladrillo y una especie,
parece, es una mesa, y han hecho
los niños una cabaña, digo, una
tienda de champaña, quiero decir,
y una y otra caña, qué pasa,
buena sombra les cobije, feliz
el árbol sea, el de vuestras, nuestras
y, de vuelta y de paso, y vuelta y
vuelta al paso, el de vuestras ramas,
holy week in... no, es una caseta...
bendita la choza y la madrugada!

este clavel
que no sé
de qué color se ve,

¿fue calendario azteca
o fue llama alarmada, veloz
y sediento velo
ante el bonzo aquél?

¿será raza de Flandes,
gesto de geisha, o pie
de foto, instantaneidad
del hambre negra
o roja llaga
de Culión serena?

sirena del espectro
de tus ojos,
¿qué llama, qué prende
en la solapa de un robinsón?

roza entre las rosas,
blanco de un amor...
es el sueño del pálido otoño
que el olvido teñirá.

mira cómo desciende de la copa
del árbol ese hombre, han caído
los dátiles, las hojas, y él
ha descendido, la dulzura de esos
dátiles, las ramas que sobran,
mira cómo descienden al suelo,
sin más revuelo que las campanas,
en las vueltas que dieron hace rato,
por el aire sonando el crujido
de las ramas y los dátiles, y el
hombre descendiendo de la copa,
milenios, siglos y minutos
en la madera, el bronce y la memoria.

el azahar, el caballo negro
y el caballo blanco
y el tacón,
y el farfuleo,
no mires a mis ojos,
y el acordeón,
y el vino derramado
por aquí y por allí,
no, sí, no,
dónde está el quid,
alto, quieto,
de la razón?
la mano que gira, la rueda
que separa, limón, naranja,
dímelo,
el azahar, el caballo blanco
y el caballo negro,
y el tacón.

alrededor de mí, el horizonte
de vuestro placer y del dolor,
alrededor, comienza aquí la
señal de mi saber y aquí de mi
ser y mi sabor, pala y pico,
tinto, pan y habla y pico de
allá, de acá, término a la obra
con las manos y la boca y el
pico, centro y paladar del hombre,
que se asombre uno de su sombra,
voy ya, a vuestro alrededor
y al mío, que es el placer y hasta
el dolor, termino allí, comienzo
del lugar.

qué significa mi hermano muerto,
qué necesita mi hermano vivo,
qué haría yo, vivo o muerto,
si no viviera con mi hermano,
he de vivir, pues, vivo mi hermano,
hemos de morir, morir la muerte,
vida, sobrecogidamente vivos,
muerte, rendidamente hermanos,
sonriendo igual que antes sonreímos,
después que cuando nos vivamos,
sabemos en éste o al oeste quién
vive y qué ley, no esas del vivo
o muerto, no muero por vivir, ah,
pues, vivo, que muerte convida
a vida o muerte vivir enamorado,
ávida, oh, muerte seducida hasta
la muerte, hasta la vida.

qué arañado está el cristal
del tiempo y, sin embargo,
no pasa más que yo paso, este
reloj tan viejo, no acaban
de dar las seis cuando las
ha dado, y es que me retraso,
o que lo encelo, telarañas
de amor con que lo enredo
a mi pulso y, a veces, lo
acelero, justo, carcelero
él y yo la clave que abre
la puerta del tiempo, y él
la cierra, y yo me duermo por
los corredores de los sueños...

espadas que cierren los caminos errantes,
copas y no lloros, coros de jugadores,
baza no del azar, bazar del cielo todo,
ganancia venza a ganadores, envite
terrenal, apuesta pertenencia sin igual,
apostose dios, fuego, donde dije ciego
digo que me veis de amor, moroso
en este ruedo del mal, vuelta a la memoria.

Tres Poemas Experimentales



I

yo te daré un beso oscuro
y tú reirás,
yo te daré un beso oscuro como la noche
y tú reirás como siempre,
yo te daré un beso oscuro como la noche de ayer
y tú reirás como siempre hizo la vida,
yo te daré un beso oscuro como la noche de ayer no te lo di
y tú reirás como siempre hizo la vida reír.

II

Desde la noche te recuerdo. Lloro
en la ventana el cielo quejumbroso.
Entre rendijas se estremece el poso
cálido y lechoso de un farol. Mora
el relámpago cruel en la deshora
y la música serpea hacia el foso
del tiempo. Palpitar en el reposo.
Borbotea una gárgola reidora.
La oscuridad recubre los objetos
carnosamente, y los guarece como
protege el mar sus húmedos secretos.
Y en las profundidades donde asomo
la túrgida memoria, los inquietos
fantasmas de mis obsesiones domo.

III

no toco más la estrella
de tus remotos labios,
donde mi nombre nace
en la luz de tus ojos,

no miro más la sombra
de tu pureza helada,
donde se sueña el alma
tu voz trajinadora,

no escucho más los besos
de un corazón ajeno,
donde se hunde la llave
de tu frente dorada,

no huelo más jardines
de enredadoras sienes,
donde se abren las rosas
del íntimo recuerdo,

no saboreo más versos
escritos en tus manos,
donde cruzó mi vida
un sentimiento eterno,

no olvido más memoria
que las palabras tuyas,
donde brilló la estrella
que iluminó mis ojos.

RELATOS



El Cuentista



“Porque si acometo, a riesgo tal vez de vida, a molinos de viento como si fuesen gigantes es a sabiendas de que son molinos de viento. Pero como los demás, los que se tienen por cuerdos, los creen gigantes hay que desengañarles de ello”.

Miguel de Unamuno

Tomó un sorbo, cogió la pluma, pensó que no podía y la dejó caer. Volvió a cogerla. Tenía las piernas cruzadas, miró la luz, la claridad de los objetos, del aire, de los objetos en el aire iluminado.

La claridad de la mente es un milagro muy curioso. Se experimenta y se baila, se devoran los temores y en cada paso se aplastan lentamente la nada y los objetos.

Hubiera escrito siete cuentos los días anteriores. Hoy apenas creía posible comenzarlos. *S'il vous plait, s'il ne vous plait...* sin saber francés, lo estaba diciendo para sí: si sí, si también, no. Ya no se entendía bien: si sí, si no... Se le perdía la negación entre los dedos adverbiales y la afirmación en el suspenso y firme de los puntos. Estaba claro: no veía con claridad si pensaba con claridad o sin claridad. Tanta claridad le estaba enturbiando el ánimo.

El sol como la música es para bañarse, nunca se ahogue, *si* -se sonrió pensando, y fumó con fuerza. Punto, coma, come, sopla el humo que te has tragado y respira otra vez, punto. Y seguido. Continuó escribiendo, más decidido, pero mucho más inquieto: se le había disparado la pluma; había que echar el seguro. Seguramente se había cargado el comienzo; no quedaba otra esperanza que el espíritu. Si el espíritu nacía, que volase y salvara la palabra. Y la palabra salvaría la letra.

Jamás conoció lo que era el espíritu hasta que lo probó, y cuando lo probó fue probado, y al aprobar, comprobó. De ahí en adelante, la vida y la muerte se le deshicieron y ocupó su lugar el vivir y morir de cada instante. Instantáneamente entendió que nada era morir, y todo era vivir, vivir.

Por la gracia de Dios -se dijo- nace el estilo. Y añadió unas cuantas palabras más, a ver lo bien que salían. Le resultaron hasta graciosas, y tanto subía su estado de ánimo cuanto más agregaba y congregaba. Empalmaba son con ton sin ton ni son cuando de repente dudó de lo escrito, y ya no acertó con el sentido. Tomó otro sorbo. Se oía cantar “qué será, será”, pero el resto en anglo. Acordó por fin dejar lo escrito y esperó fumando un canario que terminara la canción. Después contó los renglones. Calculó cuántos serían pasados a máquina, y estuvo a punto de no contarlos, pero cayó en la cuenta -era lo que debía- y consumó el hecho.

El primer folio estaba escrito. Leído y releído.

Naturalmente, empezó el segundo folio con ánimo de mejorar el comienzo anterior. Sin embargo, reconoció pronto que se hacía difícil; estuvo a punto de declararlo imposible, pero se dominó: todo hay que demostrarlo antes de decirlo con tanta facilidad. Tenía que animarse: arriba, ¡arriba el ánimo de una vez!. Pero pensó que quizás había que bajarlo antes de subirlo (alguien estaba en el Limbo) y se quedó pensativo buscando el modo de elevar el nivel pisando fuerte. Encontrada la solución se dispuso a escribir una vez más. Una vez más escribió y se volvió a repetir lo pensado; no había manera de escribir sin repetirse lo mismo. Y para qué pensarlo.

Se dedicó a mirar las hembras mal todo lo bien que pudo según estaban a la vista, y luego las hembras bien todo lo mal que pudo según se le perdían de vista. Cuestión de tener vista -se dijo- y no perder tiempo ni papel con ellas.

Respecto al papel del tiempo podría decir muchas cosas, y hasta interesantes (las cosas del tiempo siempre son inesperadas) -meditaba y meditaba-, meditándolo bien lo mejor sería saber un poquito antes lo que va a pasar; así correríamos por pasarlo bien o correríamos por pasarlo pronto; de donde se deduce que adivinar y echar a correr es prácticamente lo mismo.

Inclinó la cabeza barruntando que había enmarañado tiempo con espacio, y ya más despacio, se preguntó cómo se vería el mundo si todos fuéramos profetas; tuvo la ocurrencia de que cada uno se profetizaría lo suyo, y hasta de que habría quien se profetizaría a medida, y no tardarían mucho en ponerse todos de acuerdo en profetizarse un reino celestial. Sólo encontraba una duda: si querrían un reino para cada uno o uno para todos. No conseguía deshacerla porque no sabía con cuántos reinos se podría contar a la hora de la verdad, y pensó que si sólo hubiese uno y también se metieran los que lo pedían para sí solos, creerían haber confundido cielo con infierno, y la inmensa mayoría saltaría a tierra sin salir de su asombro, y tal vez sin salir de su asombro entonces fuera el Paraíso el suelo que pisaran.

Se encontró en las nubes otra vez y, enfurecido, acabó el segundo folio.

De nube en nube, sorbió otro poco y empezó el tercero. No le había costado mucho el segundo, y menos el primero, pero entre santo y santo, furia, entre diablo y diablo, yelo. Y como ahora se había enfriado a causa del cambio de hoja, temía cómo le saliese este folio; por lo que decidió ir con cuidado. Su personaje llegaba a un punto íntimamente delicado: se sentía desnudo bajo la ropa. No tendría mucha importancia si no fuera por el paisaje: era de noche. Hay que advertir que para el agudo autor el paisaje venía dado por la luz. Si luz, hermoso era el paisaje, y (gran esteta) no había más que decir; si oscuridad, entonces no veía, y los fantasmas de los nueve años eran verdaderos y, árboles o muebles, el ambiente era paisaje y el paisaje improvisión, esto es, auténtico ambiente.

Así, con su macho colgante bajo la tela, el protagonista iba y no iba, pendiente y sólo pendiente del dónde, qué y qué pe, u, eñe, e, te, a, ese hago yo aquí. ¡Inimaginable, inimaginable!. -Ponía fe, fecundo ya.

Ahora le ato una parra, yo me entiendo. Y le comparó con Adán: “Como arrojado por otro ángel, sentía la desnudez suprema del alma en el roce con el tejido, y la suprema necesidad de ser desnudo desnudado, y la infinita vergüenza de necesitarlo”. Párrafo contiguo: “Atento a la total ausencia, movía su intuición investigando si era un ser o todos los seres lo que deseaba”. No está mal, no está muy mal -mordió la pluma, considerando. De vez en cuando tengo ramalazos, eso es verdad, aunque no sé muy bien a qué vienen, pero ahí están, tan frescos (recién paridos, quería decir), que no se diga, tan frescos (airosos), pero ante todo, tan frescos.

Desde luego era cosa de tomar otro sorbo. Encendió después un montesol, -precioso nombre- dijo, y se le fue la inspiración. Perplejo, la reclamó de los aires, por el muro de enfrente y en la punta del zapato; retrocedió a la intención postrera, volvió a planear y, con la mejor simplicidad, cayó en picado. Esta vez mordió el filtro, poco después cinco uñas y pico, más tarde, sollozaba. Fue serenándose, reanimándose, determinándose. Recapitó, soslayó, resaltó, aseveró. Se prometió, esgrimió, recargó, y... finalizó: predestinado. Pluma en puño, asestó dos ramalazos más y sin más consideraciones daba fin al tercer folio. Palabra que sí, la ponía, palabra que no, no. Según su bendito, libérrimo antojo.

El humo subía, azul, azul, azul, haciendo gárgaras, vayvén del humo. Lo convencía el vayvén del aire, vayvén del alma, con que miraba el humo. Ensimismado: esa era la palabra; contaminaba el aire de tabaco y minaba su corazón de humo.

Y el humo subía, azul, azul, ya más grisáceo, atragantándose. Por fin quedaba la colilla: tres golpecitos, y era parte del cenicero, arruga en la balanza del cáncer o no cáncer. Noche de toritos negros, cuando susurra la brisa, dice un transistor que pasa. Se apoya en la mesa y estudia cómo hacer el cuarto folio.

No encontraba el cómo, pero añadiendo comas, se van forzando frases y hasta se logra ritmo. La imaginación es fundamental, decía a veces; otras: me parece que no. Y entonces se limitaba a transcribir su propio rastreo en busca de lo imaginativo.

Pero esto resultaba todavía más difícil, sobre todo cuando se quedaba embobado. Porque si describir el embobamiento desde todo lo dentro que se puede, sin romperlo, -cual suma pompa y envolvente-, es dificultoso por naturaleza (de la pompa), más complicado aún se le hacía volver a penetrarlo para terminar algún retoque olvidado. Con lo cual, y al verse reflejado tan tersamente sobre el papel, permanecía cortado unos minutos, y se pasmaba pensando qué pensaba hacer con el cuento.

Por lo pronto, encendió otro cigarrillo, pero esta vez uno marrón, de los largos, para fumar a la su salud (mental) de aquella noche que se despidió de la Lola.

Daba fin a su cuarto folio, y temía verdaderamente desencantarlo, pues tenía la idea de que poseía un en algo cierto encanto. Así que se andaba con un en mucho cierto tiento, y desnaturalizaba frases y a punto de palabras, para lograr mejores énfasis en situados tinos.

Frenó de pronto, y se encontró triste, aburrido (melancólico y añorante). Un tanto cursi, pedantón y payaso. Estoy echando a perder el cuarto -se decía. Y seducíase con la idea de que, entre varios, o se sostendría o pasaría desapercibido. Pero en el fondo, trataba de hacerlo lo mejor posible; sólo que a veces no podía ya con el cuento, y sobre todo temía, eso sí, temía enormemente la decisión del jurado.

Este era su secreto y su cruz.

Helo aquí llegado al quinto folio, sin otra parla que trasvasar que su pobre inspiración de cada instante. Retemblaba ante tanto papel en blanco. Las palabras como blancura se le volvían de espuma en la lengua. (No era por lirismo, sino por culpa de los detergentes anunciados con exceso, por lo que no se atrevía a usarlas a pesar de su deseo. Sin embargo, anhelaba nombrarlas, desperdigarlas, tocarlas, mancillarlas, y luego después, frotarlas y lucirlas).

Estaba ante su quinto folio y tiritaba de frío y de emoción. Punto y coma - dijo, y lo colocó-; después se irguió, echó la cabeza hacia atrás, bostezó, se desperezó y volvió a la pluma más satisfecho. Escribió otro poco, se detuvo a oír un canario cercano y suspiró profundo. A continuación, se agachó, se tiró de los calcetines y se irguió otra vez.

Entonces le pareció estar inquieto, lo pensó -todo lo pensaba- y quedó en que sí. Cada renglón que hacía le inquietaba más, cada renglón le comprometía a seguir una línea, una frase; le introducía más abajo, más en el mar blanco y solitario del papel que espera, expectativo. No obstante, se atrevía, se arriesgaba, esta vez sí, esta vez podría llegar de un tirón, de una vez. Pero esto era superior a sus fuerzas y ya no podía sostenerse en el avance. De todas formas era el escribir lo que le sustentaba, y escribiendo se curaba de los temores, a la vez que crecía la emoción. No sabía qué debía saber, pero todo fuera eso, más había que preocuparse de la coma, dónde fuera puesta, y si punto más detenimiento.

Escribía y bostezaba con cierta regularidad, pero escribía aún y esto era vivir, gozar del genio. Sacó el pañuelo y se sonó: la vida era la vida. Y donde pensaba que ya no sería capaz de agregar un renglón más, veía continuarse las líneas casi sin cuidado, regaladas por el duende del no-pensar y escribir sin más ni más. Cada punto que inauguraba clausuraba otro párrafo, un párrafo más. Cada párrafo clausurado inauguraba o auguraba una nueva y breve desdicha: la del siguiente espacio en blanco. Todo lo que otras veces hubiera querido escribir se le olvidaba entonces.

Y el quinto folio acababa como los demás: en cuestión de pocos minutos sin que en realidad se explicara el cómo (como siempre, nunca se explicaba). Brindó buena suerte, tomó un sorbo y pasó al sexto y último.

Escribiendo, echó de menos, así, de pronto, la acción, el argumento, el desarrollo concatenado de una faena mortal. Allí no pasaba nada. Ni pica, ni estocada, ni sangre, ni amoríos. Algo había que hacer. Le daban ganas de coger a su personaje por el cuello, zarandearlo y espetarle: o haces algo o te exprimo los sesos, pantomimo. Miró al cielo, tiró el cigarro y se preguntó: qué más.

Le quedaba más de medio folio y, sólo de pensarlo, se mareaba. Fue pensar esto mismo y encontrar hermosa la palabra: marearse. De mar en mar, así escribía, y las marejadillas de la intermitencia. Había veces que no dominaba el peso de la pluma, único remo; otras era bien ligero; a veces repetía, a veces acertaba con alguna novedad. Le dolía la cabeza de tanto fumar, pero valía la pena si esto le ayudaba a seguir: encendió uno más, chupó, sintió el estómago en la boca, se inclinó a un lado pero no movió, tomivó, qué mareo, cerró los ojos, mo-vi-tar... Por fin, como colocando con pinzas cada sílaba, logró saber qué no había hecho: Vo-mi-tar. (Con frecuencia, se le descomponía una palabra y no daba con el orden justo. En estas ocasiones, no sólo la palabra, el mundo se le mudaba dentro de sí y no concertaba realidad alguna: quedaba deprimido).

Pobre cuento, extraordinario cuento, interminable cuento. ¿Qué sería de él?. Escrito con tanto amor, tanta petulancia, tanto viva la vida. Pero al final todo acaba: hasta la felicidad, hasta la rapidez, hasta el final. Él había creído que detrás del acto (el acto de crear) venía la gloria, y detrás, la inmortalidad. Como si de pronto ahora se diera cuenta de que se trataba de cierta solución de continuidad, de que su rapidez no devenía a rapidez de los hechos, de que su final (el del cuento) no implicaba el parón de los astros.

Convencido de que el éxito no le lamería la mano en cuanto la alargase, pero aún estimando una cabalística traducción de ciertos términos al alemán, y saboreando ya el “boom” de su próxima obra (porque ésta sí sería reveladora), convencido, digo, de que al éxito hay que domarlo con arte y paciencia, se dió prisa en terminar y, al fin, lo hizo. ¡Diáfano! -sentenció. Recogió los folios, pagó el café y se fue.

Mujer en Off



Sebastián se despertó recordando partes enteras de la conversación. Especialmente lo que le oyó a él, porque no lo esperaba, y porque de ella le impresionó más la desesperanza con que lo oía, el interés con que se explicaba, la confusión en que se sumía.

- “Si es que a mí me da coraje esta mujer, es que me cabreo porque no tengo más remedio, mira, Sebastián, ahora dice esas cosas porque estás tú delante, porque se deja influir por cualquiera, porque no tiene personalidad, sin embargo, después cuando estemos en la cama, le digo yo cuatro cositas, le hago así, y me dice que sí me quiere, que soy lo mejor para ella y todo eso, porque eso es lo que pasa, que tú la oyes y te imaginas que soy de una forma, pero no sabes lo que dice cuando está conmigo sola, y no es que yo sea machista, sino que sé cómo son las mujeres y eso hay que saberlo y hay que estar de vuelta”.

- “Pero fíjate, Sebastián, yo soy precisamente el que le ha dicho a ella que cuando le den permiso a su amiga, que es otra igual, coja diez días también y se vayan las dos por ahí, a ver si les sale una aventurilla y viene más tranquila, si a mí no me importa, si yo he sido el primero en decírselo, ella sabe que lo que no quiero es, vamos, que sea algo, que si no es más que eso, me parece muy bien, ahora que distinto sería con un tío que lo que va es a intentar seducirla, y a venir luego por detrás de mí diciéndole pero si ese, ese no es más que eso, con eso no puedo estar de acuerdo, porque yo creo que hay que ser honrado y al día siguiente tener respeto y saber controlarse, ¿tú no sabes que una vez fuimos a Marruecos porque quería acostarse con un moro?, pero no se acostó, no”.

- “Si yo hubiera sido un hombre de esos que utilizan a su mujer para que limpie y haga la comida y vienen a casa a que se lo pongan todo por delante, y a que ella le corte las uñas, pero si cuando vienen los amigos yo quiero que se siente con nosotros y que discuta de un tema como cualquiera, sin embargo, se va a por el mantelito y empieza a preparar cosas, señor, deja la comida esta noche, que ya iremos por pescao frito, pero como cuando se sienta no habla, porque no sabe qué decir, o dice una tontería y le tengo que llevar la contraria, si eso es lo que pasa, si yo le dije una vez cómprate esa enciclopedia, chiquilla, si eso te va a servir, bueno, pues no deja el trabajo de la casa para leerse un libro, pero por qué, porque no tiene inquietud, si ahí está la historia de ese amigo mío, que quiso que su mujer fuera de otra forma y se puso todos los días, año tras año, con los libros, preguntándole a ver, quién fue Antonio Machado, dime qué ríe pasa por, en fin, de todo, y si no se lo sabía se lo volvía a explicar, bueno, pues lo ha tenido que dejar por imposible, pero qué menos que dedicar dos horas al día a una buena lectura, y no es que yo lea y por eso sé más que ella, porque a mí un libro me cansa, pero estoy pendiente del mundo, hablo con la gente, en fin, tengo interés en aprender, que es lo que hace falta”.

- “Esta noche, por ejemplo, yo estaba aquí sentado con los nervios cogidos al estómago, por el cambio del tiempo, me ve ella , y me pregunta ¿te pasa algo?, yo no le contesto, sigo así, que se me ve que estoy mal, pues no me dice nada más, no se le ocurre sentarse a mi lado y hablarme de algo, porque no tiene nada dentro de la cabeza, porque no sabe ser una compañera, que eso es lo que yo querría, y no una marmota, y es que, Sebastián, esta mujer no tiene vida”.

- “Si yo veo una tía que está muy bien, y que además se ha vestido para estar atractiva, pues me entran ganas de irme con ella, porque eso es lo que siento, porque se ha cuidao para gustar, y me gusta, y porque la novedad es muy importante, porque con una tía que no sea tu mujer lo harías dos o tres veces seguidas, y en cambio con tu mujer no te empalmas, a no ser por algo, y como a mi mujer la estoy viendo todos los días y además no se preocupa de vestirse bien, pues la que me atrae es la otra, Sebastián, porque ya te he dicho, y eso es así, que el matrimonio mata el amor”.

- “Pero si pudiera casarme otra vez, no me casaría, porque la libertad de un hombre soltero, con un apartamento, eso es lo más bonito y lo mejor que hay, aunque yo ya te digo, como estoy, estoy bien, porque ahora tengo un hogar formado, un hijo, que creo que con nosotros es como mejor puede estar, y mi mujer que, físicamente, me gusta, y que aunque las cosas sean así, nos queremos, y ya que son así, hay que entender la vida y darse cuenta que ahora sería peor separarnos, y quedarse uno de los dos sin el niño, y tener que ir a verlo dos días a la semana, y que no, que todo eso sería mucho peor, y no es que sea un burgués, tú déjame a mí, que más sabe el tonto en su casa que el listo en la ajena”.

Sebastián fue a la cocina a desayunar. Desde la ventana lo vio todo nublado. Es más, llovía a cántaros. “¡Qué mala manera de empezar el día!”, pensó.

El Baile



Él trabajaba solo y durante la noche. Su trabajo consistía en ordenar las estrellas, hacer que se movieran al unísono y compuestas. Que no llorara la noche ninguna lágrima errante y errónea. Hasta que el amanecer extendía su sueño de luz, su malla de olvido, su poso celeste agotado el zumo de las sombras. Pero a este relojero de las constelaciones le rondaba una hora que nunca han marcado los relojes.

Y es que ella, la inesperada, la imaginaria, ni remota ni posible, sino increíble y secreta, como una estrella no catalogada en planos ni razones estelares, incógnita y efímera, actriz de las tramoyas ocultas al luminoso escenario de los dramas, ella, la insospechada, la invisible, la única deseada, le visitó tres veces, treinta, trescientas. Porque una vez llegada se multiplicó al infinito: pensada, observada, preguntada, replicada, centuplicada, en los fascinantes espejos de la duda, del deseo, de las voces amigas y los espectros negros.

Crisantemo todo: el cielo completo. De pronto, él iba apagando lejanísimos soles, sometiendo el espacio al vacío que sentía. A veces, prendía manojos de mundos en el centro del universo, que centelleaban como la esperanza en el fondo de sus ojos. Sus ojos eran entonces mundos perdidos, universos abiertos. Una endiablada metáfora de amor lo encandilaba, un indescifrable mensaje de vida o muerte lo absorbía, un golpe impalpable lo desahuciaba.

Se ponía la noche por montera, medusa volandera, mata, moño, cresta, fuente de magia negra. Fábulas de cristal, -filos de vidrio-, para ser desmentida le ofrecía. Su risa desnudaba almas en pena. Tres veces la solicitó por esposa.

Palabras le dio para más allá de la muerte; besos, en el más acá de la punta de sus dedos; tiempo, el que ella quiso tomarle y el que ella le invadía; ¿joyas?, ¡ay!, demiurgo de los astros, señor de los númenes, autor de historias sin edades, no poseía un solo brillante, una moneda de oro, un miserable título. Jugó con ella con la imaginación de un niño y fue juguete suyo, enhebrado el pensamiento en las enaguas de su enigma. “Pasaba por aquí”, -parecía decir, como si en la inocente atribulación de sus párpados describiese una tonta caída del Olimpo.

Y, como si allí hubiera regresado, en una última prueba de inmortalidad, dejó olvidado su abandono. Volvieron a crecer las sombras y a girar las estrellas solitarias y uniformes. Pero ahora, (y desde entonces), alguna se confunde y resbala, desasistida y perpleja, y se disipa fugaz, como los sueños atravesados en un segundo. Y es que, desde entonces, (como ahora), él interrumpe un instante su trabajo para escribir, poeta en soledad, el nombre de su amor y el santo y seña de su sino, como en un acertijo que cualquiera adivina y nadie desenreda. Porque no se desvanece. Porque no olvida que, generosamente, le fue perdonada la vida: no lo mató con sus ojos fatales, ni lo apartó, malherido y ajena. Lo tuvo en jaque, eso sí, lo izó como bandera -consumido-, de pirata, lo arrió como a vela sin aliento, lo paseó por la tabla y le enseñó los dientes; pero no lo mató con sus ojos letales. Y, en la noche final de su única visita, bailó para él, oferente y cohibida, una danza pagana de algún pueblo antiquísimo.